

EXPOSICIONES

MARIA THEREZA NEGREIROS

Escribe: LUIS NAVARRO

Recuerdo una conversación con Jorge Romero Brest en la que el discutido crítico de arte sostenía, por encima de toda necesidad en el terreno de la cultura, la de una dialéctica vigorosa; porque —remataba con el aserto clásico—: “por contradicción progresa el pensamiento”. Su euforia y su incondicional predisposición hacia ciertas corrientes plásticas “d'avant garde” —Pollock, Tobey, Rotko, Klein, Calder, Esteve, Matheus, Tapiés— me hicieron pensar entonces que su intención dialéctica se aproximaba demasiado a un pragmatismo de ocasión; y, cuando negó las Epocas Clásicas y los ismos *figurativos*, su iconoclastia dialéctica se me evidenció como Lógica sofista. Pude comprender, sin embargo, que su modo de pensar sobre el asunto estético representa una actitud de rebeldía hacia la libertad, la libertad de expresión del artista contemporáneo. Lo que se defiende no es un sistema sino una actitud. Este es el valor más poderoso del movimiento abstracto informal, que, inaugurado oficialmente hace cuatro o cinco años, ha dado ya la vuelta al mundo y, desde los emporios estético-económicos de Nueva York, pontifica hoy dogmáticamente.

El informalismo, como actitud de rebelión frente a los cánones estéticos tradicionales, supone un valor inestimable para las generaciones nuevas. El informalismo, como postura inexorable, tiene las mismas garantías de eternidad que los ismos predecesores: La Academia.

María Thereza Negreiros, en esta exposición de la Biblioteca “Luis-Angel Arango”, nos ha demostrado cuando menos una posición: seriedad. Su preocupación por el color parece, afortunadamente, enajenarle un poco cualquier otro tipo de consideración conceptual en la que participan casi siempre los artistas que no hacen arte. Parte de las manchas con marcada geometría hasta las delicuescencias cromáticas de gamas fundidas y fantásticas exaltaciones de contraste. No preocupa si a esta manera de pintar se le llama “expresionismo abstracto” o “misticismo nuclear”, o cualquiera de esos otros sorprendentes términos que finalizan en “ismo”. No importa que la abstracción geométrica superada se insinúe en las formas de sus telas, ni que la pasta abandone la fértil, fácil y sensual impostación de texturas, hoy “en vogue”. Su intención se concentra “en el elemento mila-

groso de la creación", en la magia del color y en las posibilidades plásticas de esa magia. Gozo de vibraciones, dramatismo de imagen, delirio de ritmos, fantasía cromática, confiesa la personalidad expresionista de esta exposición.

No creo en la necesidad de añadir que "este es un paso, un camino hacia la intención absoluta de la abstracción informal, hacia la que se dirige con criterio firme y seguridad conceptual", como suelen terminar los críticos-profetas. María Thereza Negreiros sabe que "no hay caminos, se hace camino el andar". Y en este momento del Arte Contemporáneo, en que los caminos se trazan con originalidad colectiva y pensamiento mancomunado, donde las dotes histriónicas del artista superan sus posibilidades creadoras y su afán de ser diferente sacrifica los rigores de la autenticidad, el camino de María Thereza Negreiros señala un fenómeno casi olvidado entre los creadores del Anti-Arte: Sensibilidad.

¿Acaso con los elementos tradicionales de la Pintura todavía se puede crear materia artística dentro de la expresión no representativa, o es este un retorno, un preludio de la reacción frente a la desenfundada y fácil algarabía del Anti-Arte?

No olvidemos el símbolo Dadá, que olvidó en la fascinación de la actitud la trascendencia del valor. La Historia del Arte guarda su memoria, en su obra.